

2016 12 31 13:48h. Editor. Antonio Viudas Camarasa

Estamos preparando la edición e impresión del libro CERÁMICA POPULAR HISPANA, catálogo de la exposición montada con motivo del Itinerario Artístico Literario Alonso Zamora Vicente. 100 años de su nacimiento, se puede visitar en días laborales en horario de 11 a 14 horas en la Fundación Biblioteca Alonso Zamora Vicente, Cuesta de Aldana, 3. Cáceres (Spain)

El libro consta de prólogo y explicación del montaje de la exposición en el programa del itinerario AZV bajo el título de "Origen de la exposición *Cerámica popular hispana* en correos abiertos" a cargo de Antonio Viudas Camarasa, coordinador del Itinerario.

Florencio-Javier García Mogollón es el autor de la "Introducción y bibliografía del catálogo de la exposición *Cerámica popular hispana*" y del Catálogo de la exposición *Cerámica popular hispana* (texto de las fichas y fotografías).

El índice de nombres propios del libro corre a cargo de Florencio-Javier García Mogollón y Antonio Viudas Camarasa.

Juan Manuel González Martel que ha resuelto numerosas dudas desde el mes de julio de 2016 ha encontrado una foto testimonio y ha escrito un cariñoso recuerdo a Alonso Zamora Vicente, que ilustrará el libro que prepara la Excm. Diputación de Cáceres. Lo divulgamos aquí en papers para disfrute de los lectores que quieran leerlo.

# **UN NIÑO DE MOVEROS CUENTA A ZAMORA VICENTE CÓMO TRABAJABA SUABUELA CON EL TORNO A MANO, UNA DE LAS ALFARERAS ZAMORANAS**

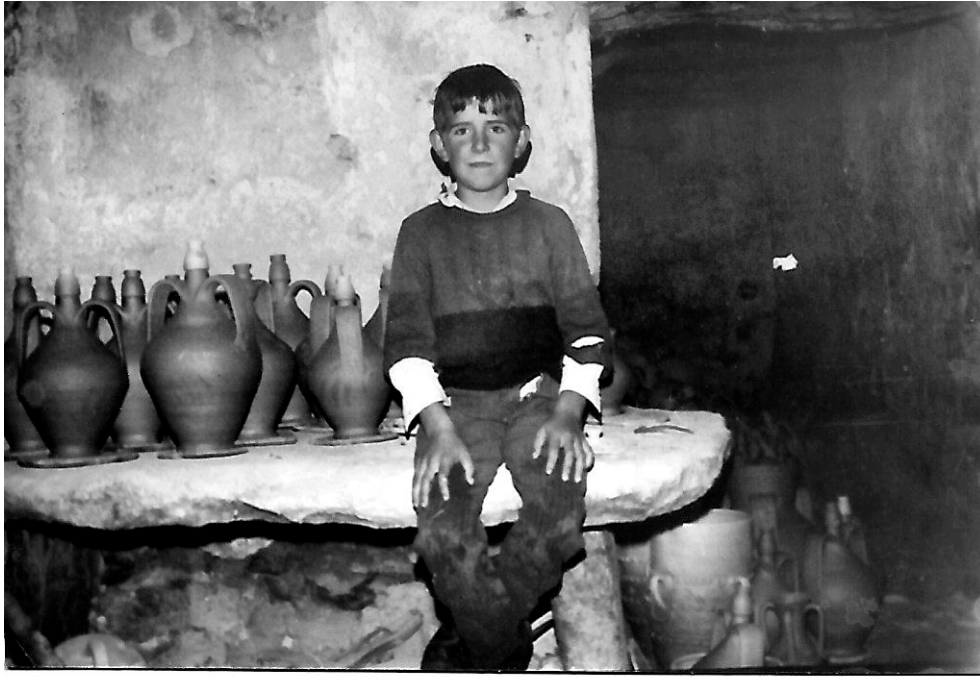
**Por Juan Manuel González Martel**

*A Rosa Lencero, novelista, que volverá a Moveros*

UN NIÑO DE MOVEROS CUENTA A ZAMORA VICENTE CÓMO TRABAJABA SU ABUELA CON EL TORNO A MANO, UNA DE LAS ALFARERAS ZAMORANAS.  
Por Juan Manuel González Martel

*A Rosa Lencero, novelista, que volverá a Moveros.*

Quizás fue este niño de Moveros, pueblo zamorano, el informante más joven, de respuestas precisas, de los que conversaron con Alonso Zamora Vicente en sus itinerarios en busca de alfarería por tierras españolas.



Jesús (Susín), Moveros (Zamora), 1973. Foto: JMGM.

Este retrato de Susín es una de las fotografías preferidas de las de mi colección de cerámica popular.

El niño de entonces es hoy un hombre en plena madurez. Se llama Jesús. Y a quien pido permiso para apellidarlo inicialmente, como homenaje a las alfareras, con cualquiera de los primeros apellidos -Martín, Galván, Pérez, Prieto, Nieto, Julián, Mosquera, etc.- de las pocas mujeres de Moveros que, todavía en la década de 1970, se dedicaban a la alfarería. Todas ellas guardaban la inconfundible entidad de la cerámica tradicional de su pueblo zamorano.

\*

Corría noviembre de 1973. Era un mediodía frío, desapacible. Fue un niño quien primero escuchó el motor del coche, que nos vio parar a cierta distancia del caserío para evitar aquella entrada embarrada al lugar, con restos de la nevada de los días anteriores.

Cuando estábamos cerca de la casa salieron dos mujeres, una con pañuelo negro y negra pañoleta y otra, más alta, de mediana edad, igualmente de negro con el cabello recogido en moño. Y apareció el niño que habíamos visto correr en dirección a la primera de las casas. Las mujeres eran la abuela y la madre. Y los tres respondieron a nuestro saludo.

A Zamora Vicente, iniciada la conversación, se le ocurrió, mirando al niño, preguntar por la escuela. La madre comentó enseguida que por el mal tiempo no habían pasado a recogerlo. Fue entonces cuando, inesperadamente, el niño dijo que *el maestro da las lecciones la mañana del domingo, si eso ocurre algún día en invierno*.

Jesús, o Susín, como ellas lo llamaban, tendría unos once años, o algo menos. Durante el rato que Zamora Vicente había hablado con su madre, estuvo escuchando.

Y don Alonso repitió que le gustaría comprar algún cantarito o alguna cazuela, si le quedaba alguno en aquellas fechas del año. Y entonces la abuela, casi por señas, nos llevó a donde el horno y los cacharros, en una pequeña dependencia de irregulares muros, de techumbre baja, dividida en dos habitáculos: el del fondo, donde estaba el horno; y el delantero, con una enorme laja de piedra que servía de mesa o repisa a los

cantaros, pucheros, botijos..., en espera de fuego. En un esquinazo los cacharros ya cosidos estaban muy bien apilados, y dos pequeños tornos de mano yacían apoyados en los rotos pedazos de unos hornos de pan... ¡Uno de esos hornos, como cascos guerreros con sus grandes bocas, era lo que realmente le hubiese gustado comprar a Zamora Vicente!

El fuego envolviendo en llamas la cacharrería era fácil de imaginar, porque, aun con el horno apagado, aquel rincón relucía como iluminado por el dorado del barro, al igual que pan recién hecho. El milagro de la tierra de Moveros.

Jesús, de repente, rompiendo su mutismo, empezó a aclarar con sus palabras lo que decía la abuela con una límpida manera de expresarse. Había estado atento a lo que ella trataba de explicar, con su enronquecida voz por algún mal en la garganta. Se esforzaba para hacerse oír. Ágil, nerviosa, cuando comprendió que Zamora Vicente iba a seguir preguntándole por su trabajo, señaló a su nieto, quien fue a arrimarse a su negro delantal. Y después de aquel silencio, Susín empezó a contestar con detalle al curioso forastero. Ninguna de sus respuestas fue interrumpida por la abuela y apenas algunas precisiones añadió la madre a lo que explica su hijo.

*-Es que yo también ayudo con el barro y con el horno.*

Y dijo de dónde se traía el barro, qué cantidad, dónde se colocaba, cómo se amasaba, y, luego como se iba trabajando, las horas adecuadas de las tareas, cómo debían colocarse para aprovechar el espacio interior, cómo se preparaba el horno, cómo había que colocar las piezas para aprovechar el reducido espacio, sobre la dificultad del manejo del torno, de rodillas, de las horas necesarias de fuego, cómo había que manejarlas para no darles golpe alguno.

Zamora Vicente, admirado de la exactitud con que le contestaba el mozalbate, pasó a preguntarle por la escuela y quién era el maestro y de dónde venía... Su madre sonreía orgullosa al comprobar la atención que se prestaba a su hijo. Y cuando Zamora dejó de preguntarle, de nuevo Susín se arrimó al costado de su abuela.

Hora de partir. Zamora les daba las gracias. Y dirigiéndose al muchachito le dijo que siguiese estudiando; que no dejase de ir a la escuela, aunque hiciera un *frío, como el de hoy, que el invierno era invierno cada año; por el contrario, nosotros, si estudiamos mucho cambiamos mucho, y se ayuda a la familia y se conoce mucha gente y lugares.* El niño escuchaba.

Le pregunté a Susín si me dejaba tomar unas fotos a los cacharos y a él. Y miró a su abuela, que asintió con la cabeza. Y fue a sentarse en la parte libre del poyo. No sonrió en ningún momento, ni comentó cosa alguna, pero se quitó el chaquetón que lo abrigaba y se apretó el fajín. Miró de frente.

A los pocos días le envié las fotos.

Volví a Moveros en marzo, dos años después. Solo estaba la abuela, más viejecita, pero igual de ágil. Una mujer, pariente o vecina, la acompañaba. La madre había ido a Zamora, ¿al médico en la capital?, y Jesús estaría en la escuela.

Y nuevos años por medio, fui a la feria de la cerámica de Zamora, entre san Juan y san Pedro. Estando en la plaza de Viriato, la de la escultura, muy de mañana, cuando apenas empezaba la descarga de los alfareros para ocupar sus puestos, llegó un moderno furgón que anunciaba una alfarería de Moveros en la chapa de sus laterales y puertas. El hombre de mediana estatura, de enérgicos movimientos, que había maniobrado perfectamente el vehículo a fin de colocar sus cerámicas en el sitio de la plaza asignado, era Jesús, de Moveros. Daba indicaciones a un ayudante para descargar y colocar rápidamente la mercancía. Sin duda su rostro recordaba al niño de entonces, con parecido al de su madre.

¿Alfarero o aquel transporte sólo era una ayuda circunstancial a la familia, que habría, a través de la madre o familiar conservado la industria hogareña? Era mal momento

para interrumpir su labor. Lo saludaré más tarde el saludo, decidí. Pero cuando volví al puesto únicamente estaba el ayudante. En aquel rincón de la plaza, a media mañana, el sol de junio doraba las hileras de cántaros de Moveros, los hornos de pan y los botijos de recuerdo. En la plaza veraniega, el veloz vuelo racero, piando, de los vencejos, destacaban, en la hermosura del recinto repleto de cacharros, los traídos de Moveros.

Quizá Jesús, si conserva la vieja foto, recuerde borrosamente a aquel señor mayor que le hizo tantas preguntas sobre el trabajo con aquellos tornos de su madre y su abuela.

\*

Tal vez haya sido Jesús Prieto el alfarero más joven con quien charló don Alonso en tierras del oeste español, por los límites del viejo reino leonés. Y sin duda algunos de esos cacharros de la exposición de Cáceres, a Jesús se los compró Alonso, en un tiempo, ahora, sin kilómetros ni edades, y sin fría escuela en la mañana del domingo.